

CUYO. ANUARIO DE FILOSOFÍA ARGENTINA Y AMERICANA, n° 23, año 2006, p. 269 a 287.

Cinco artículos de Alejandro Korn en la revista *Nosotros* Homenaje a 70 años de su muerte (1860-1936)

Clara Alicia Jalif de Bertranou*

El 9 de octubre de 2006 se cumplieron setenta años de la muerte de Alejandro Korn. *CUYO. Anuario de Filosofía Argentina y Americana* evoca en estas páginas la noble figura del maestro, nacido el 3 de mayo de 1860.

La Revista *Nosotros*, de publicación mensual, fundada por Roberto Giusti y Alfredo Bianchi en 1907, dio cabida hasta 1943 –fecha de su desaparición– a una enorme variedad de autores que reflejaron el pulso cultural de casi medio siglo.¹ Si bien Korn no fue un asiduo escritor en la misma, dejó un manojo de artículos

*Profesora e investigadora, CONICET-Universidad Nacional de Cuyo.

<cjalif@lanet.com.ar>

1 *Nosotros. Revista mensual de letras, arte historia, filosofía y ciencias sociales*. Buenos Aires, 1ª época: 1 de agosto de 1907/abril-diciembre de 1934. 2ª época: abril de 1936/diciembre de 1943. La revista tuvo entretanto algunas interrupciones más breves, entre mayo de 1910 y marzo de 1911; entre agosto y octubre de 1912; entre agosto de 1940 y mayo de 1941. Véase Elena Ardissonne y Nélida Salvador (comps.), *Bibliografía de la revista Nosotros, 1907-1943*, en *Bibliografía argentina de artes y letras*. Compilación especial n° 39-42. Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, 1971, 700 p.

Para aspectos más amplios de la revista, remito a Aurora Ravina, “Profesar el plural. *Nosotros* 1907-1934/1936-1943”, separata de *Cuando opinar es actuar. Revistas argentinas de siglo XX*. Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1999, p. 57-91; “Nosotros: Opinión y debate sobre cultura y política. Entre la ley Sáenz Peña y la crisis de 1930”, en *Clío*. Revista del Comité Argentino de Ciencias Históricas, Buenos Aires, 1997, n° 4, p. 29-45; Nicolás Shumway, “Nosotros y el “nosotros” de *Nosotros*”, en Saúl Sosnowski (ed.), *La cultura de un siglo. América latina en sus revistas*. Buenos Aires, Alianza, 1999; Clara Alicia Jalif de Bertranou, “Diez años de la cultura argentina del Centenario a través de la revista *Nosotros*. Opiniones sobre la I Guerra”, en *Ibid.*, *Argentina en el espejo. Sujeto, nación y existencia en el medio siglo (1900-1950)*. Mendoza, EDIUNC, 2006, p. 223-242. En la transcripción se respeta la ortografía original.

donde trasunta su vigorosa personalidad, aún en escritos ocasionales. De un total de once, no han sido reproducidos en las ediciones de sus *Obras* los cinco que hoy reeditamos. Evaluamos que poseen valor testimonial, digno de rescatarse en este aniversario. En los escritos se percibe la posición filosófica que plasmó en sus obras más importantes. Hay rastros de su fuerte personalidad que atraviesa todas sus ideas y sus acciones, aún cuando se trata de escritos breves.

Publica su primera contribución en 1913, escudado tras las iniciales “WW”, al filo de los cincuenta y tres años, hombre maduro y hasta se diría anciano para la época. No obstante, es preciso recordar que estaba a poco tiempo de haberse iniciado en la docencia filosófica universitaria y que sus mejores frutos los daría en décadas posteriores. Lo hace a propósito de un libro de poemas de Oscar Tiberio, pseudónimo de Roberto S. Bordenave, titulado *Palingenesia*. La poesía no le resultaba ajena, pues él mismo se sintió atraído por su composición. Poseía el don de la emoción, de la fina sensibilidad para el dolor del prójimo como médico y de las expresiones de la cultura como intelectual. En el artículo se hallan presente elogios, pero sienta sin tapujos su posición ante las paradojas, contradicciones o deslices del poeta, aunque le reconoce talento. Korn abomina de las modas pasajeras y efectistas que son imitaciones de lo que acontece en otros meridianos. Prefiere a quien bebe en su propia copa, por modesta que sea. Y este parecer se engarza con su segunda contribución, escrita casi inmediatamente, a los tres meses, a propósito de la encuesta lanzada por *Nosotros* acerca del valor del *Martín Fierro*. Verdadero ejercicio de ironía es su respuesta: finalmente habíamos descubierto que poseíamos un poema que, sin ser reflejo ni imitación, era “la epopeya nacional”.

Ese mismo año de 1913 publica su artículo “Teddy”, que firma nuevamente con el pseudónimo “WW”, ante la visita furtiva de Teodoro Roosevelt, a quien fustiga con ironía. Duros epítetos le propina al “cinegeta”, “vendedor de baratijas”. El personaje venía precedido de un historial que explica la actitud de Korn: como presidente de EEUU. había sido el autor de la política del “gran garrote”, de las reiteradas incursiones en Centroamérica, del expansionismo en Canadá y Alaska, de la intervención en Colombia para la separación de Panamá y el control del Canal, y sostenedor de la doctrina Monroe, por la cual su país se reservaba el derecho de mantener “el orden” en el Continente. Al momento de su visita acababa de perder

las elecciones presidenciales, de modo que tanto exitismo, precedido de una política exterior vergonzante, eran más que motivos justificados para que Korn expresara su desagrado. Pero también es severo con la “pseudocracia” vernácula que le había recibido y agasajado vanidosamente.

Con la muerte inesperada del poeta mexicano Amado Nervo, producida en Montevideo en 1919, *Nosotros* le dedicó un volumen de homenaje donde no faltaron las plumas más prestigiosas del momento. Korn tituló la contribución “Su filosofía”, donde alabó los dones del vate modernista, prodigó elogios, compartió el aprecio por su delicado espíritu, pero no el renunciamento a la acción, el ensimismamiento y el pesimismo. A juicio de Korn el mundo para mejorarlo necesitaba de la acción y de la lucha por las causas justas.

Finalmente el lector hallará las palabras que pronunció ante el sepelio de José Ingenieros, fallecido en 1925. Korn habló junto a Nerio Rojas, Carlos Sánchez Viamonte y Roberto Giusti. Lo hizo en representación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Si para esa época los fundamentos filosóficos de Korn estaban muy alejados de los de Ingenieros, compartían no sólo la profesión de médico psiquiatra, sino también posiciones políticas afines y la causa reformista de los estudiantes. Ante la tumba saludó la vieja amistad que los unía, celebró su personalidad y se ungió con tristeza ante la pérdida del noble exponente de la intelectualidad argentina.

Alejandro Korn fue una figura vigorosa que aunó las dos dimensiones que permiten hablar de una vida plena: el pensar y el obrar generosos, fundidos en un hondo sentimiento de amor a la nación.

[1]

Palingenesia^{* 2}

El último acontecimiento literario de nuestro pequeño mundo intelectual ha traído hasta mi mesa un volumen y por acaso ha venido a tropezar con las poesías de Ricardo Gutiérrez, que poseo en una edición humilde, de papel de estraza y renglones oblicuos. Este no; se impone por su factura tipográfica y honra las prensas que le dieron luz. Un poco decorativo, un tanto cargado, un algo presuntuoso, así mismo no salva los lindes del buen gusto aunque los toque, porque es opulento y suntuoso como una matrona ataviada. Bien dispuesto se presenta, sin duda, a brindarnos la palingenesia de un espíritu que se despoja de las escorias del pasado, para renacer a nuestra vida, sereno y victorioso.

Abrámosle; acallemos la desconfianza siempre suspicaz ante cada tomo de versos y veamos si por esta vez el estro nacional realiza en estrofas nuevas sus viejos anhelos. Saludemos de paso la estampa del poeta, que exhibe su apostura con mucha gallardía y tolerable afectación. Respetuosos, oremos la dedicatoria. Prólogo? bien, dejémosle para más tarde, no sea que nos perturbe la primera e inmediata impresión.

En efecto, la suerte nos es propicia; de golpe acertamos con estos versos:

Son tan evanescentes sus perfiles,
Tan delicadas sus morbideces,

* Consecuentes con nuestra norma de conducta de acoger en las páginas de *Nosotros* todas las opiniones, publicamos a continuación el juicio que le ha merecido a un distinguidísimo universitario el reciente volumen de versos de Oscar Tiberio, sin perjuicio de la nota crítica que esta revista le dedicará en el próximo número. Respetuosos de la voluntad del autor, conocido hombre de ciencia, dejamos al pie de estas páginas las dos letras con que ha querido firmarlas, probablemente para que sus graves colegas no se enteren de que se ocupa de versos.-N. de la D.

2 *Nosotros*, año 7, v. 10, n° 47, p. 72-76, marzo 1913.

Que recuerdan estos místicos marfiles,
 Que tallan los artistas japoneses.
 Me ha parecido ver, cuando con gala
 Se alza sobre sus ojos bordequines,
 Un alma misteriosa que se exhala,
 En busca de un país de querubines,
 Bajo el casco auroral de sus quejas,
 Medita con mirar de luz ignota
 Y se abren las arcadas de sus cejas,
 Lo mismo que dos alas de gaviota.

Complace volver a encontrar versos bien medidos y rítmicos, que fluyen con espontánea sencillez y hallan la palabra precisa para el rasgo oportuno, como si a un tiempo surgieran del cerebro. Evocan la imagen visual como si se destacara, circuida por una orla de luz sobre el fondo de lontananzas misteriosas, hieren el oído como los últimos arpegios de un órgano que enmudece e impregnan el ambiente con la casta fragancia de un sentimiento bien nacido. Feliz el poeta cuando así logra transmitir la sensación de la belleza que ha estremecido sus entrañas, que así contagia su emoción y ofrece la obra cincelada, gentil, libre, sin un resabio de la tosca realidad, ni de las penosas ansias del artista.

Pálida es, por cierto, una composición destinada a ocupar un sitio entre las mejores de nuestra literatura nacional. Aun se encuentra en este libro una que otra que se le aproxima, ninguna que la iguale, si bien no hay una página sin una estrofa magistral, una veces tenue y suave como la última de *Incógnita*, otras veces valiente y varonil como la primera de *Pellegrini*, algunas eróticas de buena ley, como las de *Prima noche*, o de trama firme y prieta como ésta, que citaremos antes de enderezar por el otro flanco:

Nada tan hondo al corazón nos llega,
 nada nos toca tanto el sentimiento,
 cual la visión de un barco que navega,
 entre lo azul del mar y el firmamento.

Pero he ahí que nos hallamos con lo siguiente: Que sus insondables pupilas de amianto, nadan en orejas de puro amaranto y nos hablan en dulce esperanto! Ojos de amianto? Y a qué hora ha visto el autor semejante fenómeno digno de ser conservado en alcohol? Sírvase ir hasta el taller de la vuelta y solicite un poco de amianto e imagínese una pupila de esa arcilla algodonosa, opaca y blanca. Pero eso resulta de hacer tercetos con baratijas. Y tan luego a propósito del faisán. Es cierto que el autor agrega que para loar el ave de más señorío, se requiere el arte de Rubén Darío. Puede que sí, pero la consecuencia se desprende, aunque no haya derecho de pedir a los poetas mucha lógica.

Si el faisán se debate alicaído en la red de sus versos infantiles, no puede decirse otro tanto del soneto impecable, que lleva el epígrafe *Brama o Tenaglia en acecho*. Es de admirar la plasticidad soberana del artista, que le permite adaptarse a todas las situaciones e interpretar con maestría el sentido ajeno, así se trate del personaje que menos atingencia puede tener con sus propios afectos. Pero no valía la pena de malgastar tanto talento en asunto tan pobre, y si no pedimos cuatro tiros para el poeta como su inspirador, convengamos que bien merece cuatro azotes –metafóricos se entiende.

En realidad sorprende la distancia que separa una composición de otra, y con frecuencia, dentro de la misma, una estrofa de las restantes. Digamos con brevedad cómo se explican estas contradicciones tan visibles. El autor posee, sin duda, vigor, imaginación, intuición creadora y dominio del idioma, pero adolece de un defecto tan grande como sus cualidades: la falta de gusto. Por eso en vez de darnos su propia personalidad, que continuamente pugna por sobreponerse, cede a influencias perniciosas y no se atreve a decir como el poeta francés: Mi copa es pequeña, pero bebo en mi copa. De ahí las negligencias de la versificación, la publicación inútil de ensayos ocasionales, algún climax hiperbólico y contraproducente, los desplantes naturalistas y sobre todo la simulación de estados de alma postizos. Es la influencia del pseudo-modernismo que contamina a nuestra juventud y aún hace presa, como en este caso, en espíritus de vocación más alta.

No ha de desconocerse la trascendencia del movimiento moderno que se manifiesta en la producción artística de todos los países civilizados. Su mismo carácter universal es la prueba más concluyente, que esta orientación responde al estado actual de los espíritus cultos y que no es posible detenerla, ni es lícito conde-

narla en nombre de ideales desvanecidos, que definitivamente pertenecen al pasado. Este movimiento tiene su razón de ser porque emancipa de reglas y normas petrificadas, abre el campo a la libre expansión de la individualidad, multiplica y renueva nuestros medios de expresión y se asocia a los anhelos y aspiraciones de la eterna palingenesia humana, sin que esto signifique que ha de descender de las regiones del arte puro, para servir los intereses del día. Pero si ha de venir a reemplazar dogmas viejos por otros nuevos, a aprisionar todas las genialidades en moldes amanerados, a imponer el ritual de sutilezas bizantinas y a consagrar lo vetusto, lo enfermo y lo parasitario, entonces carece de objeto y de dignidad. Las obras del arte no subsisten con vida perdurable porque pertenezcan a tal o cual escuela, sino porque una personalidad poderosa y genial concreta en ellas el pensamiento secreto de una capa social, de un pueblo, de una cultura o de un momento histórico.

Los imitadores no cuentan. Quién recuerda ya la turba melenuda, que fue la cauda de los grandes románticos? A los minúsculos superhombres actuales no les cabrá otra suerte, por más que se empinen sobre los zancitos. Hoy remedan a Rubén Darío, como sus antecesores hicieron con Bécquer o Espronceda. La borrachera o la concupiscencia de Poe, de Musset o de Verlaine puede imitarse, no tan fácilmente lo demás. Y ahí lo vemos. Hacen alarde de ser complejos y son tan primitivos y simplistas que no alcanzan a disociar el deseo del afecto, el sentimiento de la sensación. Pretenden abarcar el conjunto de la vida moderna en sus múltiples manifestaciones y tendencias y padecen de un monoideísmo tan indigente que les obliga a soñar de continuo con la mujer desvestida, y sus devaneos mentales no giran sino en torno del acto fisiológico, que constituye la obsesión enfermiza de los castrados y de los niños pálidos y ojerosos. Todo, hasta lo más ruin lo santifica el genio, todo, hasta lo más santo lo embadurna la mediocridad, pues si bien el arte no tiene como el hombre barreras morales, las tienen estéticas.

¿Qué necesidad obliga al autor en el caso sub-judice a afectar una pose parisiense, decadente, montmartrista y de beber ajeno, si es un criollo varonil, sano y sobrio, si Dios le ha hecho la gracia de poder expresar las congojas y las alegrías de su alma, si con tenaz empeño ha trepado a las cumbres de la cultura contemporánea y posee en su propia personalidad riquezas superiores a todos los oropeles de cambalache?

El prólogo nos da la clave; es un cuerpo extraño que, como una joroba oprime la obra del poeta y ejemplo clásico de las sugerencias malsanas que llegan a pervertir una inteligencia robusta hasta torcerla de sus rumbos propios.

No lo han logrado del todo; pero aquello es un conglomerado de entimemas ancestrales o glaucos atavismos cuyo efluvio astral fosforece con reflejos megalómanos, sobre el laberinto de la gibas corticales, donde se encubían en solitarios espasmos, glabros y macabros, vehementes e impotentes, los irisados espermas de un cosmos crepuscular, ebrio de aromas, matices, gongorismos y ósculos hasta languidecer en místico aquellarre, semejante a un candombe poliestulto, en el cual estridula la sinfonía monocorde de la *u* como una carcajada gualda.

“Y pensarán ahora vuestas mercedes que es poco trabajo hinchar un perro”. Ese párrafo ha sido confeccionado como lo prescriben los iniciados, con un arte sutil y perverso, y apuesto que no lo habéis entendido. Yo tampoco. Pero esto se llama *épater le bourgeois*, en español despatarrar el sentido común. Es una frase nuevita que se inventó en la época del chaleco rojo de Théophile Gautier y aunque a la fecha está un poco mugrienta, todavía no se ha logrado sustituirla y siempre es un socorrido recurso cuando necesita disculpar una indecencia o, lo que es peor, una necesidad.

En fin, esperemos confiados otra palingenesia que sea a la vez una palinodia.

WW

La Plata, Marzo de 1913.

[2]

Segunda encuesta de nosotros, ¿cuál es el valor del Martín Fierro?³

Estimado Giusti: ¡Alabado sea Dios, con que algo bueno vino de Galilea! Dejaremos de fijar los ojos en todos los rumbos del horizonte intelectual para saber cuál es la última moda literaria, la orientación mental que hemos de simular y el autor que se recomienda a nuestras aptitudes imitativas, según Tarde el atavismo más arraigado de la especie, por ser de origen remoto, quizás prehumano.

¿Con que este hombre que obedeció a los impulsos más espontáneos de su alma, que elevó los ojos en la vida real de su pueblo, que hablaba el idioma de los humildes y de los ignorantes, que no tuvo ningún modelo y desconocía las reglas de la métrica castellana, ha escrito –por cierto sin sospecharlo– la epopeya nacional?

No; no puede ser, eso no es ser argentino. ¿Acaso hemos de tener el valor de nuestros propios sentimientos y afecciones, hemos de pedir a nuestro ambiente la inspiración artística, hemos de descubrir una veta de nuestro genio nacional y un paisaje de nuestra llanura? Jamás; nosotros nos vestimos correctamente y pensamos modernamente y escribimos convencionalmente; nunca incurrimos en nada que sea agreste, individual o sincero. Celebramos puestas de sol tras las pirámides, describimos los almenados muros de un villorio medioeval, cantamos erotismos faunescos y sentimientos que nunca fueron una emoción y hacemos literatura argentina.

Pues bien, conviene que no nos molesten en tan plácida tarea, que al fin es inofensiva. Lugones no ha hecho obra buena al evocar el poema anacrónico de *Martín Fierro*, que hasta la fecha era el secreto de unos pocos y ahora corre el riesgo de ser la última novedad. Todo el gremio es capaz de acriollarse y abrumarnos con un desborde de poesía gauchesca! Su afmo. Alejandro Korn.

3 *Nosotros*, año 7, v. 11, n° 51, p. 82-83, julio 1913.

[3]

Teddy⁴

Desde Río dirigió un despacho a nuestro Presidente el gran cinegeta, deseoso de saber si la época se prestaría para la caza del jaguar, y es fácil suponer, sonrientes, por un instante, las mustias facciones del solitario de “Las Gaviotas”, ante la extraña misiva. Recordó, sin duda, cómo alguna vez se irguiera en la entereza de sus rubios años, ante la insidia solapada de otro grotesco, con aquel apóstrofe, semejante a un chasquido de fusta y al apartar con fatigado gesto el cablegrama, diría el amanuense: mirá qué tigre.

Y hemos tenido el gusto de verle. Ha cruzado nuestras calles en la actitud airosa del profesional, a todas horas dispuesto a exhibirse a sus anchas entre la muchedumbre, tan ufano de la aclamaciones de la plebe desconocida como de haberle palmeado el káiser.

Y hemos tenido el placer de escucharle. Siempre verboso, surtido de lugares comunes, con el énfasis de la suficiencia burguesa, con el aplomo del advenedizo intelectual escanciaba su oratoria de plataforma de tren, listo para repetir el pregón en la próxima parada. Sin distinción aceptaba el halago y le retribuía con el elogio vulgar; enmudecía tan sólo en los sitios donde no se hablaba la jerga de la plaza o del mercado.

Y hemos tenido la satisfacción de agasajarle. Con viveza criolla, por cierto. Al representante burdo del alarde extraño opusimos el exponente más gárrulo de la presunción nativa. Ambos se miraron, se sonrieron como los augures y a la luz de los focos eléctricos desplegaron las irisadas caudas. Alborozados celebremos el triunfo de nuestro adalid; sin duda alguna, le mató el punto al forastero.

En verdad, que pudo ahorrarse el viaje.

¿Qué venía a enseñar? ¿A disfrazar con divagaciones sobre la justicia y el derecho mezquinas concupiscencias, a justificar con el éxito toda ambición, a embaucar las multitudes con el verbo redentor sin cruz, a hablar de trusts y de tretas? Nada de eso lo ignoramos; todo eso lo tenemos en casa y en abundancia,

4 *Nosotros*, año 7, v. 12, n° 56, p. 293-294, diciembre 1913.

porque crece y florece con holgura en la pseudocracia de acá como en la plebocracia de allá. Pero teníamos la ingenuidad de considerarlo como la parte vergonzante y fea de la vida nacional, no se nos había ocurrido el feliz pensamiento de sistematizar todas las sugerencias intensas del interés y de los apetitos en una doctrina filosófica, que achata los ideales para hacerlos realizables.

¿Era imprescindible venir a decirnos en tono paternal sensateces adocenadas con la infaltable recomendación de ser laboriosos y buenos y llamarle a esto escuela de energía? Cuánta bondad la de molestarse para declararnos emancipados de una tutela dativa, que nunca fue instituida con arreglo a derecho. Más vale lo que ha escuchado, que cuanto dijo, si es que sabe oír.

Es de sentir que no se haya dado un abrazo con el peregrino iluso empeñado en hacernos fraternizar con gentes muy y mal entretenidas en sus casas, para oponer al formidable amago la conjunción de todas las impotencias.

Quizá al palpar las carnes del espectro se habrían desvanecido sus temores, que su confianza en los presuntos aliados ya ha de haber cedido al verlos de cerca, pues posee el talento de no obstinarse.

En efecto, Dios mediante, hemos de mantener nuestra personalidad nacional, sin necesidad de protectores oficiosos y sin solidarizarnos con todos los atavismos indígenas y exóticos, que en el continente se encaminan a cumplir la melancólica ley de su crepúsculo. Solamente nos falta todavía un pequeño detalle: tener personalidad. No la hemos de adquirir si nos complacemos en dilatar el hiatto labial ante el primer corredor de baratijas para la exportación, que titila nuestra vanidad aldeana. La hemos de lograr con el esfuerzo propio, dentro de los moldes de una tradición hidalga, en marcha ascendente hacia la luz y la belleza, sobre las huellas de hombres de la talla de Emerson y de Sarmiento, no de histriones que bregan por los aplausos del día.

El huésped ha partido y ninguna estela ha dejado de su paso; despidióse ayer y hoy lo ampara el olvido. Casi es un anacronismo recordarle.

[4]

Su filosofía⁵**[Amado Nervo]**

Padecía del mal metafísico. El perpetuo problema cuya solución atrae como un espejismo en las lontananzas del saber afligía su mente y exaltaba su sensibilidad. Al través de toda su obra literaria se destaca la sinuosa huella de su afán filosófico. Giros abstractos, términos técnicos interrumpen de vez en cuando con un prosaísmo anguloso la eufonía de sus versos como la piedra del arroyo obstruye la corriente rumorosa del agua y la obliga a encrespase en burbujas irisadas.

Mellizas son por cierto la filosofía y la poesía. El poeta como el sabio, unidos ahondan en el laberinto del alma humana pero con distinta herramienta. Alguna vez por solaz la intercambian siquiera en breves momentos. En realidad el pensamiento filosófico en el poeta oculta bajo la forma artística, se refleja tan solo en el tema concreto, rehuye la expresión directa y escueta, se ignora a sí mismo para insinuarse con el embeleso de la emotividad estética.

Así también en Amado Nervo. Pero con frecuencia –los críticos literarios dirán si es excesiva– se complace en decirnos sin disfraces su concepto de lo trascendente o en predicarnos su concepto de la vida. La sensación del misterio no le abandona un instante, su poesía se vuelve una ofrenda metafísica y por eso podemos hablar de la filosofía de Nervo.

Sería sin embargo una torpeza pretender darle un sitio en el casillero de las sistematizaciones. Su amor intelectual surgía de las fuentes de otro amor que, sentimiento espontáneo depurado en el transcurso de la existencia, columbra como el Eros platónico en la contemplación de la belleza la vía mística hacia el imperio de los arquetipos.

Pertenecía al grupo selecto de los espíritus libres y creyentes. Si con hábito de su adolescencia habíase despojado también de toda estrechez dogmática, si no necesitaba del apoyo del rito y del culto externo, no se amenguó por eso el fervor de su sentimiento religioso. Y en consorcio con una inteligencia tan clara y culta

5 *Nosotros*, año 13, v. 32, n° 122, p. 232-235, junio-julio 1919.

por fuerza debía buscar su expresión así fuera abstracta. De ahí la necesidad metafísica, el interés filosófico, el estudio apasionado de todas las teorías del occidente y del oriente.

No asimilaba sino lo afine; con pausa ascendió a su posición definitiva. Parece hoy una ironía hiriente aquel soneto ingenuo de sus mocedades donde exclama: “Triunfa Spencer, muere Aquino, nuestras madres ya no rezan”. No podía ser más que un episodio fugaz la pseudo-científica concepción mecanicista, amoral y antiestética, para una mente dotada de sensibilidad tan exquisita. Menos aún debía satisfacerle la rigidez lógica de alguna construcción racionalista más o menos escolástica. Había de apelar “a la intuición y no al análisis”. La tendencia a sumergirse en sí mismo, a perderse en honda visión interna, a encuadrar el mundo en las categorías de su espíritu siempre dispuesto a imponer y no a someterse, todo su lirismo subjetivo en fin, debía hallar la expresión correlativa en el idealismo subjetivo. “Nada se plasma fuera de tí”.

No es menester mayor erudición para señalar las fuentes de su modalidad filosófica; él mismo las señala. En primer lugar los idealistas románticos, Schopenhauer de primera mano, Schelling al través de sus continuadores y plagadores. Bergson entre los contemporáneos. La vieja sabiduría del Indostán también supo fascinarlo. Y luego y sobre todo los místicos sin distinciones de países y de tiempos; al fin, desde Benarés hasta Avila todos experimentan lo mismo, si bien cada uno lo refiere en su idioma vernacular.

No logró a juicio nuestro, ni lo intentó acaso, precisar en un orden dialéctico sus intuiciones y presentimientos. Algún ensayo sobre los supraespacios no fue mayormente feliz. No quiso renunciar tampoco al legítimo privilegio del poeta de contradecirse y en ocasiones aun habla mal de los “metafisiqueos”. La doctrina de sus predilectos compenetró sus propias inspiraciones no en un nuevo sistema sino en una actitud.

En el proceso de su evolución mental las influencias místicas tienden a prevalecer sobre las filosóficas. “Un éxtasis le basta a cualquier místico para sondear los más altos misterios”. “Alii disputent, ego mirabor, pues con el farol de tu filosofía no hallarás nunca a Dios, oh mente esclava, sino con el amor”.

Así empero como se sustrajo al demonio de toda escuela, tampoco recayó en ningún dogmatismo arcaico, ni siquiera en el de los teósofos que un día desgarran el velo de la Maya para zurcirlo al siguiente. El matiz cristiano se acentúa en sus últimos años sin mermar la libertad de pensamiento.

Porque ningún dogma ni postulado alguno conturba su espíritu de vidente; él sentía la comunión de los seres en el regazo de lo eterno, la identidad del alma universal en todas sus criaturas, la verdad de lo inefable, la persistencia de lo efímero, la belleza de la bondad, la armonía de los contrastes y cifraba su fe en Aquel a quien designa con el viejo y luminoso nombre ancestral, uno en todas las conciencias y destino de cada una. “Todos son yo, yo soy todos, oh Cristo!”. “Recorres un abismo y otro abismo, para encontrar a Dios que te enamora y a ese Dios tú le llevas en tí mismo”.

Concluye por confiarse al impulso inmediato, a la intuición sintética, consciente que su estro superior no ha de llevarle por sendas extraviadas. “Si eres bueno sabrás todas las cosas sin libros”. Pero no es esta la intuición de un simple aunque a la simplicidad aspire. Es la luz de un espíritu nutrido por la experiencia, el dolor y el saber; su serenidad es hija de la angustia y del esfuerzo.

Entre tanto el problema ético acaba por absorberlo. Como Platón en la ancianidad y como Tolstoy, él también subordina los valores estéticos a los morales. La forma poética ha de ser solamente el vehículo del bien; denigra el decoro literario, celebra el lugar común, pues: “Este libro sin retórica, sin procedimiento, sin técnica, sin literatura, sólo quiere una cosa: elevar tu espíritu”.

Sin embargo la zozobra de la muerte perturba la quietud de su ánimo y con el amor al renunciamento ascético se infiltra en sus estrofas un dejo pesimista. Cuando alguna vez nos llama la atención no nos convence. Su evangelio, grato al alma femenina, es de resignada mansedumbre no de fortaleza y de vigor. Como si el karma fuera una cantidad negativa! Esto obliga a considerarle como un romántico y no como un vocero de las corrientes espirituales contemporáneas. Sea el universo un proceso ideal, no por eso deja de ser la realidad para desvanecerse en una mera apariencia o ensueño. Eso es tomar la metáfora al pie de la letra.

A sabiendas era inactual. Menos mal si nos hubiera señalado las rutas del porvenir, pero no podemos estimarlo así. Sin duda su obra –obra grande– contribuirá a difundir en los pueblos de habla española el credo idealista, el sentido

de la libertad espiritual, la conciencia de la dignidad humana y su influencia será fecunda porque aún persisten arraigados los resabios del materialismo positivista con la finalidad exclusivamente económica y sensual. Y es de esperar que tan eficaz como su palabra sea su silencio: en la obra de Nervo no repercute la frase patrioter, democrática, progresista, la ideología ramplona del vulgo, capaz de inspirarnos el tedio de las cosas más sagradas.

Aunque su pesimismo no fuese sino un dulce lamentar y su renunciamiento el desdén de los intereses materiales, ambos inclinan a la blanda resignación que no puede ser el ideal de las nuevas generaciones. Toda posición negativa es estéril y malsana; la virtud se ejercita en la contienda no en el refugio claustral. Buena falta nos hace un idealismo con una ética austera, pero afirmativa.

Lo confirma el mismo Nervo con su vida; acaso no fue de intensa acción espiritual? Si criticamos un aspecto de su obra filosófica –la poética no es de nuestra competencia– no enunciamos un reproche sino un concepto ético divergente. ¿Quién osaría negar tan luego a esta personalidad soberana e íntegra el fuero inalienable de proclamar las normas de su vida? Era dueño de su albedrío y eligió vivir como “un hidalgo, un santo, un poeta”. Precisamente esta afirmación de la propia personalidad, esta lealtad para consigo mismo, esta rebeldía a todo yugo extraño es la gran enseñanza que nos obliga. Honrémosle; no así a sus imitadores. La hombría altiva y serena de Nervo se vuelve una mueca postiza en la grey simiesca de los nervoides.

Alejandro Korn

[5]

El sepelio de Ingenieros⁶

Traigo hasta este ataúd el homenaje de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, que José Ingenieros honró en el aula y en el recinto de su Consejo, y pongo en el desempeño de mi cometido oficial toda la emoción íntima de una vieja amistad y del compañerismo ante esta alevosía del destino.

En la compleja personalidad de Ingenieros, en el cúmulo de sus múltiples intereses intelectuales, prevalecía el amor y la consagración al pensamiento filosófico contemporáneo. La necesidad de elevar el hecho a concepto era una exigencia imperativa de su índole mental, si bien la claridad ingénita de su espíritu le impedía perderse en la divagación abstracta. Su filosofía mantuvo siempre cohesión estrecha con la realidad biológica o social, porque la disciplina de las ciencias médicas hace del hombre –organismo, individuo o colectividad– la obsesión central de nuestro pensamiento.

Venía Ingenieros de la entraña misma del siglo XIX. Del siglo que superó la sugestión romántica para buscar por la investigación y el experimento el secreto de las cosas y que con fe inmovible en la comprobación exacta, creyó que todo problema había de tener su solución científica. No es de extrañar, pues, que esta época diera a su filosofía la estructura de las ciencias naturales, y si el éxito final no satisfizo todos los anhelos –suerte común a todas las grandes ideologías históricas– integró empero la evolución secular del pensamiento humano con un momento nuevo, con una visión fecunda cuyo rastro no se ha de borrar.

En el desarrollo de este proceso, Ingenieros ocupará siempre un sitio eminente, pues supo acrecentarlo con la contribución original de su talento y darle forma en moldes personales.

No necesito recordar cuánto significó para nosotros, cuán decisiva fue su influencia sobre toda una generación que le reconoció por maestro. Y su prestigio intelectual no fue exclusivamente nuestro; su nombre trascendió las fronteras patrias con repercusión mundial. La congoja que hoy, aquí, nos embarga, será

⁶ *Nosotros*, año 19, v. 51, n° 199, p. 689-690, diciembre 1925.

compartida mañana en la amplitud del orbe cultural, muy especialmente entre los pueblos afines del continente.

Movido por convicciones arraigadas, pensador y militante, Ingenieros conocía toda la energía vital de su concepción filosófica; sabía mantenerla con bríos polémicos y animarla con fervor idealista. Por ello demoró en darnos la última síntesis de su filosofía, la sistematización acabada de su pensamiento que por muchos años meditó sin querer enunciarla, a la espera de su completa madurez.

Agrega al dolor de la hora presente pensar que se haya extinguido el noble afán de esta vida antes de darnos el fruto más sazonado. Nadie osaría, sin embargo, hablar de una obra trunca. La obra realizada por Ingenieros, testimonio de su abnegada laboriosidad, es sobrada para su gloria y constituye el aporte más valioso del pensamiento argentino al pensamiento filosófico de su tiempo. El consenso nacional la acoge y la consagra, y conciliados ante ella, se inclinan amigos y adversarios.

Artículos de Alejandro Korn en la Revista *Nosotros*

Asientos según la Bibliografía de la Revista

- 6260 “*Palingenesia*”. Comentario por WW (pseudónimo de Alejandro Korn) al libro de Oscar Tiberio (pseudónimo de Roberto S. Bordenave).
Año 7, v. 10, n° 47, p. 72-76, marzo 1913.
- 5638 Segunda encuesta de Nosotros, ¿cuál es el valor del *Martín Fierro*?
Año 7, v. 11, n° 51, p. 82-83, julio. 1913.
- 7657 “Teddy” por WW (pseudónimo de Alejandro Korn)
Año 7, v. 12, n° 56, p. 293-294, dic. 1913
Se refiere a la visita de T. Roosevelt a nuestro país.
- 5578 “Groussac” por WW
Año 10, v. 23, n° 87, p. 31-34, jul. 1916.

- Defiende a Groussac a propósito de un artículo de R. Levillier, publicado en *Nosotros*, Año 10, v. 22, nº 86, p. 285-303, jun. 1916. [incluido en *Obras Completas*. Buenos Aires, Editorial Claridad, 1949, p. 589-591]
- 649 “Su filosofía”
Año 13, v. 32, nº 122, p. 232-235, jun.-jul. 1919.
Se refiere a Amado Nervo.
- 485 “La demostración a Eugenio D’Ors”
Año 15, v. 38, nº 147, p. 507-521, ag. 1921. Korn en p. 512-514.
Varios discursos con motivo de la visita del español.
[incluido en *Obras Completas*. Buenos Aires, Editorial Claridad, 1949, p. 665-666, bajo el título “Contenido ideal de la Reforma”]
- 448 “El sepelio de Ingenieros”
Año 19, v. 51, nº 199, p. 687-697, dic. 1925.
Incluye varios discursos.
- 647 “Filosofía argentina”
Año 21, v. 57, nº 219-220, p. 52-68, ag.-set. 1927.
Escrito con motivo de los 20 años de la revista en un volumen sobre el desenvolvimiento de la cultura argentina. Un total de 512 p. sobre el tema.
[Incluido en *Obras*. La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1938, t. 3, p. 259-280; en *Obras Completas*. Buenos Aires, Editorial Claridad, 1949, p. 29-41]
- 648 “Hermann Keyserling”
Año 23, v. 64, nº 241, p. 370-372, jun. 1929.
Reflexiones sobre su visita al país.
[incluido en *Obras*. La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1938, t. 2, p. 179-182; *Obras Completas*. Buenos Aires, Editorial Claridad, 1949, p. 394-396]

5579 “Groussac”

Año 23, v. 65, n° 242, p. 47-54, jul. 1929.

Sobre su obra creadora.

[este artículo era parte de *Influencias filosóficas en la evolución nacional*. Incluido en *Obras*. La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1938, t. 3, p. 219 y ss.; *Obras Completas*. Buenos Aires, Editorial Claridad, 1949, p. 166 y ss.]

1718 “Epístola antipedagógica”

Año 25, v. 72, n° 264, p. 76-80, mayo 1931.

Carta a Saúl Taborda a propósito de sus *Investigaciones pedagógicas*. Ver asiento 1767. [incluido en *Obras*. La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1938, t. 2, p. 309-314; *Obras Completas*. Buenos Aires, Editorial Claridad, 1949, p. 646-649, bajo el título “El problema religioso” que agrupa varios artículos, entre ellos la carta].